

## ECUMENE Y GLOBALIZACION

*Pastor Werner Hintz de la Congregación  
Luterana de lengua alemana de Caracas*

Si hablamos del ecumenismo, nos parece que tocamos un tema más o menos neutral, sin grandes motivos de disputa. Todos nosotros solemos declaramos «ecuménicos», porque tiene un toque pacífico, parece marcar un campo de mutua benevolencia y tolerancia. Los luteranos a veces se autodenominan «iglesia ecuménica», para mostrar su apertura hacia el diálogo, su desinteresada búsqueda de la unión de todos los cristianos. «Ecuménico» casi es la palabra que sustituyó cristianamente a lo que los israelitas llamaron «Shalom».

La palabra «ecumene», derivada del griego, hizo un dramático cambio de significado en la historia de la humanidad. Fue introducida en el mundo filosófico por Herodoto en el siglo V A.C. Fue una palabra de significación política, que se refirió al mundo entero habitado por el hombre. Y con esta connotación se usó para identificar al imperio romano. Por esta razón, el Nuevo Testamento evita el uso de la palabra «ecumene», o bien, la usa con una acepción muy negativa, como en el Apocalipsis. Sin embargo, la Iglesia asumió la palabra «ecumene», para designar «todo el mundo habitado», haciendo de ella su auto-descripción en el momento en que fue declarada religión oficial del imperio romano. Desde entonces hasta hoy, el ámbito de la «ecumene» se redujo cada vez más al mundo interior de las confesiones cristianas y sus relaciones dentro del cristianismo.

Pero aún así, la noción nunca perdió su intención original. Significa una perspectiva global, dirigida hacia todo el mundo, que es el hábitat del ser humano y, por ende, desde la perspectiva cristiana implica un enfoque misionero. Así lo expresa el salmo 24, 1: «Del Señor es el mundo entero, con todo lo que en él hay, con todo lo que en él vive». De esta forma, el mundo entero, el «oikumene», es de Dios.

En tal sentido el movimiento ecuménico se encuentra en donde cristianos y otros se esfuerzan por la unión de humanidad. Creo que éste es el punto de partida para el presente siglo. El ecumenismo ya no puede prescindir de la globalización mundana, profana. Por esto, el reto que se nos plantea es el siguiente: ¿Cuáles son componentes necesarios a un ecumenismo que decididamente se involucre en el proceso de la globalización? Porque, el proceso de globalización ya no es exclusivamente suyo, ni lo será jamás. No podemos simplemente bautizar a la globalización como siempre hemos intentado hacer con cualquier movimiento novedoso-, sea ideológico, espiritual o de modernización. Ya no basta actuar como antes: darle un toque cristiano a la Ilustración y creamos la teología moderna; un toque de fe al socialismo y ya teníamos un proyecto eclesial nuevo, hay un sinnúmero de ejemplos.

He aquí una primera conclusión: En este siglo ser ecuménico significa, ya desde siempre, pero hoy más que nunca, estamos dentro de la globalización, no es algo ajeno al cristianismo, sino es su propio y más íntimo destino, trabajar por la unión de todos los hombres y todas las mujeres en todo el mundo.

Porque la tierra es del Señor. Con todo lo que en ella hay, con todo lo que en ella vive. Bajo este aspecto es un pecado de omisión que el Internet no fuera inventado por las iglesias.

Somos nosotros los que desde el inicio de las primeras comunidades cristianas buscamos la unidad, la unidad humana, la unidad humana universal, y desde los viajes del Apóstol San Pablo tenemos una red única de comunicación, de intercambio de talentos, de dinero, de oraciones, de testimonio de fe.

¿Y, hoy en día, acaso no estaremos dormidos ante las posibilidades de una red universal, que hubiera sido el sueño de todos los apóstoles y grandes misioneros cristianos?

El don divino con que tenemos la obligación espiritual de difundir es nuestro «contenido informático», el mensaje recibido del Señor por los apóstoles. Sin el mensaje cristiano, sin el evangelio ecuménico, para todo el mundo, el Internet tiene un vacío peligroso, y se llenará rápidamente con basura informática.

Recuerdo una familia mixta, católica-luterana, que quería bautizar a su hija. Tenemos la costumbre de escoger un versículo bíblico para tales eventos sacramentales, y la feliz mamá me dijo: «No se preocupe, Pastor, tengo Internet, y encontraré fácilmente un versículo bíblico para nuestra hija». Ella es católica e inmediatamente buscó lo deseado en la página web del Vaticano. Buscó

por todas las vías de comunicación en su computadora. Muy decepcionada me dijo: «Me tienes que ayudar, lo único que encontré a través de las palabras bebé, recién nacido, bautismo etc. fue el tema del aborto».

No puede ser que esto sea sintomático para nosotros en nuestras iglesias, que nos fijemos tanto en la lucha contra la gran y real amenaza de la vida, y que se nos olvide festejar, recibir, y encomendar en las manos de Dios la vida realmente nacida.

La pregunta detrás de este episodio es: ¿Hacia dónde miramos de ahora en adelante?, ¿hacia atrás, defendiendo nuestros espacios contra la brutal invasión de una modernidad atroz, y a veces sumamente criminal, o lograremos volver la mirada hacia delante, al futuro, para descubrir algo más que la monstruosidad del postmodernismo contemporáneo?

Mi convicción personal es que el futuro sigue siendo parte del mundo, que es del Señor. Pero los retos que enfrentamos, son de tal magnitud, que es imprescindible tomarnos de la mano y caminar juntos, paso a paso. El ecumenismo en este sentido no tiene el objetivo de que nosotros nos sintamos más a gusto y acogidos como hermanos y hermanas, cantando las mismas canciones de siempre en un coro un poco más extenso. Sino que el ecumenismo es la única posibilidad para que emprendamos la misión cristiana tomando en serio la evolución de nuestros días. La iglesia misionera solo existirá como iglesia ecuménica.

## **Campos de trabajo común, campos de logros y derrotas**

Con gran alegría leí en el periódico de hoy, que Croacia entregó a otro supuesto criminal de la guerra a la Corte Internacional de La Haya. En esta Corte Internacional se está plasmando la institucionalidad global de un derecho universal, el Derecho Humano, que en su mayor parte ha sido aportado por el mundo judeo-cristiano. Ningún motivo de orgullo para nosotros, pero es sumamente alentador: La lucha por la justicia, la defensa de los derechos humanos, la búsqueda de la transparencia de los procesos de justicia, de la seguridad policial, de la libertad de expresión, es tarea propia de la Iglesia Universal y debe ser nuestra lucha común, y en poco tiempo ya no conocerá fronteras, ni nacionalidades. Y la violación de los derechos humanos ya no tendrá pretextos religiosos, ni ideológicos. Amnistía Internacional nació bajo la influencia de un pensamiento cristiano, y se alejó de sus raíces. La lucha por la justicia es componente integral de la labor misionera de la Iglesia, emanación directa de la buena nueva de Dios.

Internamente tenemos que combatir una falsa vergüenza con respeto a las violaciones de los derechos de muchísimos cristianos en el mundo. Nuestras hermanas y hermanos sojuzgados en el Sudán, en Indonesia, en Turquía, en La India, en la república de China, ¿acaso nos debe interesar de qué confesión son, si son luteranos, católicos, cóptos, ortodoxos, o bautistas? Somos ya tan tolerantes con todas las religiones, que nos da vergüenza clamar por nuestros hermanos que son arrastrados al martirio, más y más cada día. El ecumenismo nunca debe olvidarse de las hermanas y hermanos sometidos a la opresión. Veo muy importante aclararlo bien: el ecumenismo es, entre otras cosas, un campo de luchas, de combate, sin consideración de las afiliaciones políticas de los violadores de los derechos humanos.

La pena de muerte va en contra del divino derecho a la vida, no importa que sea en el Irán o en los estados Unidos. La barbaridad de la circuncisión femenina practicada a millones de niñas y adolescentes en África tiene una explicación histórica, pero no tiene excusa ni justificación religiosa. Hay un límite absoluto aún para las más sagradas tradiciones religiosas o culturales. La tolerancia, cualquier tolerancia, necesita una base fundamental, una perspectiva recta. El ecumenismo nos enseña, que la tolerancia nunca existe como tal, en abstracto, sino que necesita de una convicción común.

En este sentido, la iglesia tiene que ser agresiva demandando los atropellos contra los derechos humanos, porque ellos fueron dados por Dios. No a la agresión contra la dignidad humana, en especial de la mujer. No a la opresión de clases, sexos o razas dentro de una religión. No al sexismo en su peor expresión en la comercialización de seres humanos, en especial de mujeres y niños. No al sectarismo, a la convicción equivocada de que existe solamente una verdad fija en mundo, y que alguien pueda apropiarse de esa verdad con derechos exclusivos. Nuestra época nos reta como cristianos a que formemos una unión ecuménica con potencial de combatir y militar.

Si hablamos de combate tenemos que mencionar un fenómeno que quiere parecer como extra-religioso, neutral, universal, y democrático. Me refiero al dinero, a Mamón. Como iglesias particulares no tenemos la fuerza interior para enfrentar este ídolo tan poderoso. Lo esbozaré solamente en términos muy gruesos. Vivimos en el mundo desarrollado dentro de un proceso muy dinámico de transformación de las cosas reales en ficciones virtuales. Ese proceso se corresponde plenamente con el gran poder del dinero, porque el dinero es el colmo, la perfección de la virtualidad.

Y por la misma razón se han vuelto tan importantes las bolsas de valores, que actualmente mueven en un día más plata que el presupuesto anual de los

EE.UU. La virtualidad del dinero ya invade todos los espacios de nuestra vida. Disculpenme la franqueza, pero en Alemania y otros países «desarrollados» existen canales televisivos de sexo que abiertamente hacen publicidad diciendo: «Ya no necesitas novia, te mostramos todo y tú puedes permanecer en casa, haciendo el sexo contigo mismo sin riesgo emocional, sin peligro de contaminación». Y muchísimos jóvenes lo hacen así.

Cuando estaba todavía en Alemania, como Pastor en un Pueblo de Baja Sajonia, de vez en cuando ocurría algo muy grotesco en las bodas. Las parejas insistían con vehemencia en solicitar permiso para filmar toda la boda, lo que en aquel entonces estaba prohibido. Entonces convirtieron la iglesia en un estudio, con faros y cámaras etc... Recuerdo una boda en particular, en la que al punto de terminar la liturgia todos corrieron al salón de la fiesta, no para bailar y comer, sino para ver la ceremonia otra vez en el VHS. Solamente después quedaron tranquilos: realmente estamos casados, porque salió en la Tele.

Esta virtualidad grotesca se ha convertido en una amenaza mortal. Los asesinatos de niños cada vez más jóvenes, de sus compañeros, de sus maestras de sus papas ya son legión. Y casi siempre masacres virtuales fueron el estímulo desencadenante. Es un tema no tan complicado pero multifacético. Por eso solamente mi llamada al respeto: En un mundo de transformación de todo lo que conocimos como realidad a la virtualidad tenemos que abogar por el valor y la sustancia de la realidad.

Es y será una tarea sumamente difícil. Pero el antídoto para la intoxicación virtual nos es muy familiar, es la vida. Como iglesias tenemos que aumentar significativamente la oferta de experiencias vitales, místicas. Aquí veo la necesidad para la Iglesia Católica, en especial, de cuidar y mantener las tradiciones místicas y meditativas, y continuar ofreciéndolas a las demás Iglesias y a la humanidad. Veo en el futuro un renacimiento de los movimientos monásticos. Es una superstición peligrosa pensar que una cosa ya no sirve para el mundo, solamente por la falta momentánea de mercado. Necesitamos ánimo y coraje para vivir un estilo diferente. Hay que mantener y desarrollar el estilo cristiano de la vida; porque tenemos que prepararnos para el día en que se descubra la gran mentira del mundo virtual.

Hay un campo ecuménico que casi no necesita mención, porque se sobreentiende hace mucho, es el campo de la diaconía. Trabajamos juntos, sin roces, sin problemas, hemos avanzado bastante en el trabajo común al servicio de los más necesitados. La catástrofe venezolana de diciembre de 1999, da testimonio de esto en muchos aspectos. Lo que podemos mejorar es

la reflexión a fondo sobre las epidemias de nuestros días. Es una vergüenza, que los leprosos de hoy, los afectados de SIDA tengan que vivir otra vez como outcasts, como el endemoniado de Gerasa, entre sepulcros (Mc 5, 2-3). El lugar más adecuado para una iglesia ecuménica es el hogar de la misericordia para los pobres.

Una Iglesia ecuménica tendría la valentía de plantear al mundo contemporáneo el fantasma más rechazado y temido de la modernidad: la muerte. La fe cristiana no contempla la muerte como fracaso y final definitivo. Nosotros hemos tenido la experiencia del Señor resucitado; por eso, sabemos que la muerte es tránsito hacia una vida plena del Reino que hemos empezado en esta tierra adolorida: miramos la muerte con los ojos serenos y reconciliados de quienes tienen una esperanza irrenunciable. No podemos prescindir del testimonio de la gran esperanza que portamos en vasos de barro.